

cer, al considerar que el don precioso de la Libertad no se puede adquirir sin estos grandes sacrificios y prorrumpirá: "Aquí yacen los restos de las preciosas víctimas sacrificadas a la libertad y a la obediencia, vuestra fructífera sangre reproducirá héroes que os vengarán con la dignidad propia de guerreros, descansad en sueño profundo que vuestra mejor tumba es el corazón de cada conciudadano vuestro, que os presentará a sus hijos cual otro modelo que deberán imitar, y vuestros sagrados nombres los recordará la posteridad con orgullo, sin que jamás queden sepultados en el olvido; ya se prepara el poeta a componernos himnos que se cantarán en torno de vuestras tumbas, produciendo la tierra flores cultivadas por la mano libre del hombre, que vendrá a derramarlas sobre vuestros restos, diciendo a los que les acompañen: paguemos al heroísmo sudamericano, el tributo que digna y justamente reclaman de nosotros". Oh, pluma mía, cómo deseo que en este momento fueses la de Camoens o Librun, para con ella representar el cuadro de vuestra gloria vencida y de los padecimientos sucesivos de vuestros compañeros de armas, cuya esperanza no ha fallecido como la vuestra.

CAPITULO V

Llegamos al pueblo de Macha, donde Pezuela había establecido su cuartel general, y nos encerraron en una de las casas que lo componen, sin más asilo que el techo que lo cubría y dos corderos que nos dieron para ochenta y dos oficiales, después de dos días que no habíamos probado ninguna clase de alimentos; supóngase a cómo nos tocaría, cuando a mí no me cupieron más que los riñones de uno, que mal asados, fueron para mí la cena espléndida de esa noche, con la cual dormí tranquilo, como a su vez le pasó a cada uno de mis compañeros, hasta que la diana tocada por los tambores nos anunció que era otro día el que se presentaba para presenciar nuestra esclavitud y los más vehementes quejidos de los que hallaba con heridas que aún no habían sido bien curadas, al paso que la taciturnidad del semblante de cada uno, daba a manifestar corazones agobiados de pesar y de una desesperación dispuesta a vengarse del más leve descuido de nuestros enemigos que con frecuencia se nos presentaban para complacerse en nuestra terrible situación, hasta que se nos hizo saber que debíamos marchar a la capital de Lima, a disposición del Virrey que lo era el Teniente General Dn. Fernando Abascal, y bajo las órdenes del sargento mayor del regimiento de Chumbivilcas Dn. Pedro Abeleyra, el cual nos

puso en marcha al otro día, que en mi situación renació la esperanza de conservar mi existencia por la buena disposición que tenía el general Pezuela para ejecutarme y que no dudé por su carácter dispuesto a no emprender obra ni intención sana.

Llegó la aurora del 17 y con ella todos dispuestos a la marcha porque nuestro equipaje nos embarazaba, siendo una escolta de sesenta infantes la que se encargó de nuestras interesantes personas, que a marcha redoblada nos conducía hasta la jornada de itinerario, que se le había señalado al mayor Abeleyra; poco acostumbrados a hacer marchas a pie, había frecuentes cansancios que obligaban a hacer alto; al trepar la gran cuesta de Chayanta (conocida por la del Infiernillo) mi físico no pudo resistir el cansancio, apoderándose de él un sudor frío que me hizo caer en tierra desfallecido y embarazada la respiración por el fuerte [hay un blanco] apenas pude pronunciar las palabras que suplicaban a nuestros opresores que acabasen con una existencia que me era odiosa; extenuado de fuerzas por la falta de alimento, fatigado por las constantes vigiliass, cansado por unas jornadas que el labrador más robusto era incapaz de hacer en un solo día, estropeado de los pies para poderse sostener sobre sus plantas y una imaginación ocupada de su infortunio eran bien poderosos resortes para ansiar que acabase una existencia que sucesivamente debía desaparecer por el trato soez e impolítico, falto de recursos y la mendicidad a que nos había reducido esta horda de fanáticos realistas, que para todo se consideraban autorizados, con tal que su odiosidad recayese sobre insurgentes indefensos y maniatados, como nos hallábamos, al paso que la resignación era nuestra arma favorita y por la que conseguíamos de nuestros opresores algún efímero alivio, que fue en ese momento un corto descanso para respirar; por fortuna la cúspide de la gran serranía o cuesta que trepábamos no estaba distante; volvimos a emprender menos agitados porque las bestias sobre que iban montados nuestros bestias opresores, se apiadaron de nosotros, haciéndose tercass a la espuela y látigo con que se les agitaba, y mientras tanto podíamos ganar algún terreno, cuya distancia les hacía temer una próxima fuga nuestra y entonces nos mandaban hacer alto, para alcanzarnos y que respirasen los compasivos animales que cada día se hicieron más perezosos, sin querernos jamás anteceder, como si estos animales alcanzasen a comprender nuestra situación según la piedad que desplegaron desde que estuvieron distantes sus dueños, que tan pronto como llegábamos a la jornada, nos encerraban como anima-

les feroces para que no dañásemos a los que se nos acercaban, tanto con el objeto de conocernos como con el de extendernos una mano compasiva; gente sencilla que ni aun de la causa de nuestra lucha tenían el menor conocimiento, al paso que nosotros exhaustos de todo, de todo necesitábamos aunque endurecidos por nuestra profesión desconocíamos necesidades de que nos hallábamos rodeados; no sabíamos aquellas labores que desempeña en general el sexo femenino por cuya razón fue preciso aprender a ser un mal cocinero para alimentarnos, lavar nuestras camisas para no sólo mantener nuestra salud, sino también para evadimos de las molestias de animales inmundos que se apoderaron de nuestro físico, coser para vestirnos y hacer sandalias u ojotas para no andar descalzos, éramos Robinson en medio de una sociedad civilizada pero desierta para nosotros por nuestros crueles opresores que a porfía se disputaban la primacía como el medio de agradar a su jefe Pezuela, que sólo distinguía al que más sobresalía en crueldad; al fin llegamos a la villa de Oruro, donde toda su piedad se extendió a tirarnos unos pellejos de carnero, para que pudiesen servirnos de cama; que el que más alcanzó fue un par inmundo y casi sin lana, sin considerar estos antropófagos que el más infeliz de los que guardaban había recibido una educación cómoda, por pertenecer esta juventud a las primeras familias de las diferentes poblaciones de que se componen las provincias del Río de la Plata; en esta población nos hicieron descansar unos días, que no excedieron de tres, continuando nuestra marcha a Caracollo, que fue penosísima por la fuerte lluvia que había antecedido, un lago en partes y en lo general convertido en lodazal, concluyó nuestro calzado; descalzos llegamos a Atita sin poder alcanzar a Caracollo porque nuestras plantas eran ya carne viva; aquí fue la primera vez donde se apiadaron de nosotros. Abeleyra creyó no llegar con su presente a su amo, nos compadeció seguramente por esta razón y nos hizo descansar aminorando la jornada y con una sonrisa irónica nos vendía su favor que como tal la recibimos porque nuestra situación reclamaba la sensibilidad del león más ansioso de devorar sangre porque hartó, desprecia la presa, pero éstos nos aguardaban para saciarse aun con nuestra sangre como más adelante lo manifestaré. Al otro día continuamos nuestra jornada, llegamos a Caracollo y sucesivamente hicimos nuestras jornadas hasta el pueblo de Acora, donde ya nos proporcionaron borricos de los mismos pueblos y algunos caballitos; a mí se me obligó a montar uno que pronto dio en tierra conmigo; sin montura, rien-

das ni ninguna clase de atavíos; el animal estuvo molesto con la carga y se deshizo de ella, yo no tuve de qué agarrarme y la prueba de equitación la hice en el suelo; se me obligó a volver a montar, pero ya no fue posible porque el animal se resistió, tuvo previsión para no querer conducir una víctima y yo en aquel momento reflexionaba y decía: si tú, oh bruto generoso, te resistes a que te dominen, yo con razón despejada ¿qué haré? cual otro cordero maniatado marchar a disposición del cuchillo que me espera; seguimos y pasamos las jornadas caminando de día y descansando de noche; llegamos a la ciudad de Puno capital de esa provincia; sus pocos vecinos corrieron a socorrernos cada cual con lo que podía; estábamos bajo las órdenes de un gobernador intendente y consintió que nos socorriesen, por cuyo medio se remedió parte de nuestra desnudez; salimos de esta ciudad consolados para dirigirnos a Arequipa, Vilque es la primera jornada y en ella compramos algunas mantas con lo que ya nuestra cama fue más agradable, aunque el camino en lo general desierto, iba acompañado de ideas lisonjeras que predecían que éramos los precursores de la Independencia del Perú; nuestro triste espectáculo haría abrir los ojos a los peruanos y mirarían por su suerte futura, vengándonos, ya que nosotros no podíamos por nuestra melancólica situación, sin embargo constantes en nuestro infortunio éramos como los primeros apóstoles que predicaban a neófitos una doctrina grata a su corazón, y que empezaban a gustar de ella, al paso que nosotros cuando preveíamos el martirio nos lisonjeábamos con el consuelo de fallecer en él, por prodigar ese holocausto más a la patria de los libres, y a la posteridad un ejemplo de firmeza, la cual fallará sobre lo mismo que escribo; ya Arequipa se presenta a nuestra vista, situada a los 16 grados, 13 minutos de latitud austral; su campiña y la blancura de sus edificios atrajeron sobre sí la vista de la juventud prisionera; el uno decía, su verdura promete esperanza, su blancura virtud, podremos equivocarnos, estamos distantes, no fallemos hasta que nos aproximemos; otro decía, qué latitud tan inmensa tienen sus arenas; otro, por ellos tenemos que transitar. ¡Dios eterno! repetía otro ¿tendrán término nuestros trabajos? ¿a dónde está situada la ciudad de Lima y cuándo llegaremos a ella? Cada uno a su vez hacía su pregunta y nuestra condición no variaba sino ligeramente con el nuevo objeto que se presentaba a nuestra vista, que entretenidos con él no echábamos de ver la inmensa cuesta que descendíamos hasta el tambo de Cangallo, donde dormimos esa noche. Al

siguiente día continuamos nuestra marcha a Arequipa donde nos introdujeron a las tres de la tarde, encerrándonos en el cuartel del colegio de ex jesuitas. El pueblo corrió tras de nuestra escolta para distinguirnos con su vista, y no le fue posible porque la rapidez de la marcha de nuestros conductores no se lo permitió y agolpados a la puerta del cuartel querían oírnos, cuando no, conocernos personalmente; la severidad de nuestros guardias desplegó su vigilancia con los que pretendían mirarnos siquiera, y a pesar de toda esta severidad, manos compasivas consiguieron introducirnos alimento porque ansiaban hacernos siquiera aquella demostración de que nuestra situación no les era indiferente; en los ocho días que permanecemos en esta ciudad mientras se proporcionaba un buque que nos condujese por mar desde Mollendo al Callao, donde era el término, por entonces, de nuestra peregrinación.

El día 13 de enero de 1814 se nos hizo saber que al siguiente debíamos emprender la marcha para Mollendo, no ya a pie sino montados; la alegría se mostró en nuestro semblante al considerar que marcharíamos con un poco de más alivio; pero nuestra ilusión duró lo que tardaron las mulas o recua que debía conducirnos en presentársenos, acostumbradas a la carga muerta resistían constantemente la viva, que aunque jinetes todos no podían sostenerse sobre unos aparejos o llámense en castellano albardas de otra forma, que no presentaban la menor comodidad, y en tal caso la mayor parte emprendió a pie por no exponerse a quedar inutilizado de un golpe; la escolta que nos conducía fue relevada por la de la milicia del país y al momento notamos más franqueza y consideraciones haciéndose por esta razón menos pesado el camino, aunque menos escabroso y lato; llegamos a Vitor donde descansamos esa noche sin ocurrir nada notable; al otro día se presentó a nuestra vista y en particular a la mía, el medio de evadirme de mis opresores por un bosque que me brindaba su protección, empero, ignorando su espesor, desconociendo sus sendas y los recursos para permanecer oculto a la vigilancia de las autoridades del territorio, era adoptar un partido que ninguna ventaja me prometía y sí el fracasar, por cuyas consideraciones tuve que volver al camino para reunirme a mis compañeros y continuar mi marcha que ese día fue bien molesta, porque no veíamos el término de ella; un desierto sin agua ni el menor recurso fue preciso que las acémilas auxiliasen nuestro desfallecimiento; al ponerse el sol divisamos la mar desde la altura en que nos hallábamos y que teníamos que descender; el puerto no se dis-

tinguía y la noche cerró, marchando hasta que tocando con la playa hicimos alto para descansar. A la madrugada del día siguiente se presentó a nuestra vista el buque que debía conducirnos; era un pequeño bergantín que quizás no mediría cien toneladas, el cual, armado en corso con un giratorio de 18, debía conducirnos de pasaje a más de sesenta individuos; al primero que se procuró asegurar fue a mí como una interesante persona, por cuya razón antes de desayunarme me embarcaron con otros compañeros a quienes se tenía por más fuertes, o acaso por más emprendedores, y al pisar la cubierta fuimos saludados por nuestro amo Barriguilla, con todo el valor de un cobarde y la planta de un alcaide de cárcel, diciéndonos: ahora, ahora nos acomodaremos de un modo que nada dejen que desear; en efecto, nos condujeron al rancho de proa, donde nos esperaban dos barras de fierro con sus respectivos anillos, uno con otro quedamos asegurados quedando los demás sueltos por no haber donde pudiesen ser ensartados como lo estábamos ya sesenta compañeros, cuya situación no nos permitía ni aun recostarnos, sin que hubiese quejidos amargos y desesperantes; la espalda de unos se recostaba en la de los otros que estaban en otra barra, y unos y otros sufrían, al paso que un excesivo calor nos debilitaba por la transpiración continuada de nuestros cuerpos que obligó a nuestros opresores a los tres días de navegación a sacar cada día los treinta que contenían dos de las barras, sobre cubierta, para que respirásemos aire libre, no por humanidad hacia nosotros, de que estaban muy distantes, sino por temor de un contagio general en el buque, que los hiciese perecer en él; era el rigor de la canícula el buque contenía más hombres que los que podía transportar, se sentían calmas continuadas y faltaba el agua, al paso que frijol y arroz era el rancho que nos suministraban, condimentado por el cocinero del equipaje ¡qué días! felizmente el noveno de nuestra navegación se tomó el puerto del Callao, fondeando en él nos desembarcaron, conduciéndonos a la fortaleza del Real Felipe, y en ella a las bóvedas de Casas-Matas, adonde dormimos esa noche, porque al otro día se nos condujo a la capital de Lima, escoltados por los Dragones de Casabayllo, para encerrarnos en las carceletas de la extinguida Inquisición, donde encontramos al teniente coronel Dn. José Bernales, al sargento mayor Dn. Francisco Tollo, graduado Dn. Victoriano Noya y cadete Dn. Wenceslao Bustamante, que habían sido hechos prisioneros en la batalla de Vilcapujio y conducidos hasta este depósito, y los cuales debíamos mirar como los fundadores, aun cuando

hacían muy pocos días habían llegado a él.

Instruidos por el capitán del Real de Lima, Dn. José Lanao, que se nos había destinado por el virrey Abascal de nuestro jefe de depósito, que aquella era nuestra permanencia por entonces, cada uno pensó en sí mismo el modo como debía acomodarse en las veintitrés habitaciones o calabozos que contenía, que para nosotros fueron habitaciones en las cuales se acomodaron de a tres y cuatro compañeros en ellas, según la amistad o el genio los unía, encargándose el buen anciano Lanao, de alimentarnos, deduciéndonos de la dieta de cuatro reales que se nos había señalado, el precio que se fijó a cada plato de alimento, que por entonces era demasiado cómodo para nosotros en razón de que sin la menor relación no teníamos a quien ocurrir para cubrir tan imperiosa necesidad.

El batallón No. [en blanco] y el Real de Lima, eran los cuerpos que hacían la guarnición; el primero pertenecía a la milicia del país compuesto en lo general de artesanos y demás individuos menestrales con los cuales empezamos a entrar en relaciones cada vez que podíamos, en particular con aquellos que se destinaban más a nuestra inmediación para vigilar nuestra conducta interior; por medio de ellos tomábamos algunos conocimientos que por entonces necesitábamos y que cada día se iban extendiendo. El Sr. Menéndez fue el primero que se nos aproximó, a éste siguió el Dr. Dn. Francisco Quirós; por ambos supimos el estado de la opinión del país y lo que se pensaba de nosotros; éramos en el concepto de todos insurgentes, y los contrastes de Vilcapujio y Aulluma nos convencían que teníamos mucho que sufrir; el conde de la Vega del Ren era por entonces, el peruano que en Lima arrastraba más prestigio y que se hallaba a la sazón con más elementos para chocar con la autoridad del país; empero necesitaba que se le aproximasen hombres capaces de invitarlo al mismo tiempo que de instruirlo de los verdaderos intereses que debía tomar cada peruano a su cargo; nosotros por nuestra parte no podíamos hacer más que ponderar los recursos del ejército de que dependíamos, la impotencia del virrey para sostener una guerra de opinión y lisonjear con un porvenir halagüeño que no podía estar de conformidad con la nobleza del país y en particular con aquellos individuos que gozaban de títulos y empleos lucrativos que no debían arredrarnos para trabajar en preparar la opinión sembrando en el corazón de cada persona la semilla democrática que debía producir el tiempo. Los oficiales del número eran los que se interesaban en saber de noso-

tros algo; el Sr. Estacio, Magán, Patrón y Puente Arnao, eran los que frecuentemente nos custodiaban en los días que tocaba a este cuerpo dar guarnición y con quienes nosotros podíamos franquearnos más, y en particular con el Sr. Estacio, cuyo carácter animado de sentimientos de humanidad, ya deseábamos que fuese él quien nos custodiase, porque admitía con paciencia cuanto creíamos capaz de que se empapase en nuestras ideas, al paso que el Sr. Quirós y Menéndez aprovechaban este día para visitarnos e instruirnos del estado de nuestros progresos, sin que dejaran otros de visitarnos movidos de curiosidad de entrar en la prisión; bien por conocernos, o por conocer el edificio que tanto terror causa aún hasta el día por su prestigio de inquisición; nosotros no desaprovechamos oportunidad favorable; un Pardo Velis fue una adquisición para nosotros: tenía ánimo y se propuso servirnos, la Señora Guisla, la Sra. Da. Petita Ferreyros procuraron en su sexo compasivo extendernos una mano benefactora y por estos medios íbamos cada día minando la opinión y ganando voluntades, que ya se iba notando; no éramos mirados con deformidad, mucho más cuando habiendo notado el público que en una visita que por obligación tienen que hacer los virreyes el Viernes de Dolores, oyó éste de nuestras bocas un lenguaje firme y aquella constancia que es necesaria en los grandes infortunios que hizo fijar en nosotros las miradas de su comitiva, haciéndoles entender que nuestra libertad civil era superior a aquel boato que despreciábamos sin insultarlo; el que más se distinguió fue un Padre de la Orden de San Juan de Dios, apellidado Rosauero, que había sido prisionero en el reino de Chile, y conducido al depósito; este religioso, de una figura física bastante imponente a la que acompañaba un sonoro metal de voz, se avanzó a preguntar al Virrey que le satisficiera por qué se hallaba allí preso; el Virrey le repuso que por insurgente, a lo que contestó: si V. E. me tiene aquí por insurgente, ya puede V. E. dar la orden para que todos los habitantes que tiene el Reino de Chile los metan aquí, trayéndolos de allí; contestación que dejó perplejo al Virrey y a los que le acompañaban; el conocimiento de que valían poco sus recursos para oponerse a un torrente de oposición como la que se iba pronunciando, aun en algunos individuos de la capital, que con este incidente fue la conversación de los cafés en aquel día y los siguientes, donde nuestros agentes daban más importancia a nuestras contestaciones, haciendo crear en el corazón de cada uno el deseo de conocernos y quién sabe si alguno de imitarnos. En uno de los

días que cubría la guarnición el Real de Lima, fue llamado por el oficial de guardia uno de los facultativos que existían entre nosotros, para atender a un soldado que repentinamente cayó muerto; el más pronto fue el religioso Rosauero, quien lo pulsó y reconoció circulado de toda la tropa de la guardia, que por un efecto de curiosidad se había aproximado, prorrumpiendo, no hay remedio, es cadáver [en blanco] *a bien que un enemigo menos, poco importa*, y dando vuelta la espalda, se recogió con la mayor serenidad; este hecho creíamos llegase a oídos del Virrey y temimos nos oprimiesen más; aunque no notamos sino más vigilancia, evitando el contacto de la tropa con nosotros aun para que nos comprasen lo más preciso, cual era el pan, pero después nos desengañamos que toda aquella vigilancia era en razón de que habiendo estallado la revolución en la Presidencia del Cuzco, es decir, en el centro del Perú, el señor Virrey temió justamente, al paso que nosotros concebimos en lo general la más completa esperanza de que progresando seríamos liberados, así es que deseábamos saber quiénes eran los que estaban al frente de ella y sus recursos para poder opinar con más acierto; unos nos dijeron que Angulo, otros que Bejar y los más que Pumacahua, al paso que al cura Muñecas daban la cooperación y aun su dirección; algunos de nuestros compañeros en su tránsito por el Cuzco lo habían tratado con inmediatez y lo consideraban capaz de dirigir la empresa, que a la verdad progresó más de lo que nos habíamos prometido, pero careciendo de elementos militares suficientes y de la cooperación de las demás provincias, fracasó a pesar de que ocuparon Arequipa, Puno, La Paz y aun Ayacucho, diseminándose en estas provincias que los debilitaron y distrajeron de su principal objeto, dejándose batir y dispersándose de un modo que sacrificaron a los buenos patriotas y en particular a aquellos que más cooperaban y daban impulso a la opinión bien pronunciada en todo el interior de aquellas provincias; el cura Muñecas fue una de las víctimas y sus cenizas en completo olvido, deben ser miradas por los apreciadores del verdadero mérito como uno de los Mártires de la Independencia Peruana; este ministro del altar, no sólo era un verdadero discípulo de Jesucristo, sino también un apóstol de la emancipación americana, que por sus luces y moral lo hacían brillante en el territorio donde se hallaba establecido; no existe, tributémosle los homenajes de gratitud siquiera por aquellos que animados de sentimientos patrios saben valorizar esta clase de pérdidas y los sacrificios y desvelos que las han precedido, al paso que depri-

mamos al cruel Ramírez, que ocupando la ciudad del Cuzco con las fuerzas que puso a sus órdenes el sanguinario Pezuela, no se entretuvo más que en fusilar, desterrar y despojar de sus fortunas aun a aquellos que sólo trabajaron por conservarlas; el coronel Dn. Ramón Echenique pudo escapar de la ferocidad de estos tiranos por medio del influjo y del dinero, pero no pudo ser evadido de la captura a que le sentenciaron conduciéndolo a disposición del Virrey, quien lo depositó con nosotros en el Depósito aunque por dos años, indefinidamente, por cuyo órgano pudimos instruirnos de aquellos incidentes de que sólo teníamos conocimientos en general. El contraste y demás infortunios de nuestros hermanos del Cuzco, eran lamentados por nosotros, y nuestras esperanzas fallecieron con su destrucción, empero no desmayamos ni menos desconfiamos de la salud de la Patria, lo que veíamos era más lejano nuestro canje o nuestra libertad que cada día se hacía más remota. El navío "Asia" fondea en el Callao y transportaba el batallón Talavera, desde la bahía de Cádiz; este incidente nos hizo desplegar contra él cuanto podía sugerirnos nuestra situación, mucho más cuando con su llegada los que componían el número debían retirarse a sus casas por innecesarios, eran todos americanos y su amor propio debía estar herido, les faltó unión y un poco de resolución y se dejaron quitar las armas que debieron emplear en aquella época con bastante provecho, respecto a que era la mayor fuerza con que contaba la capital; no lo ejecutaron dejando pasar un momento de gloria que siempre será un recuerdo para los que pensaban.

El batallón Talavera reemplazó al Número en la guarnición, compuesto todo él de españoles nos miraban el día que les tocaba cubrir nuestro depósito cuando no con desprecio, al menos con independencia; el capitán que mandaba la compañía de Cazadores era condiscípulo mío; al leer en la lista de prisioneros mi nombre y apellido solicitó verme, lo que le fue fácil conseguir, empero fue para prodigarme un compendio de insultos, que me obligaron a volverle la espalda, asegurándole que no pasaría mucho tiempo sin que él se hallase en igual situación si no adoptaba otra carrera; este oficial era uno de los que parecía haber tenido alguna educación, pues en lo general eran todos el desecho de los cuerpos españoles y la tropa formada de los sentenciados a presidio ¿qué tales hombres para hacer retrogradar una opinión pronunciada? al paso que vuelto Fernando VII al trono de sus mayores, destruyó de un solo golpe la aurora de la libertad que en la península española se había em-

pezado a plantear, echando abajo el Código constitucional que se había creado en su ausencia y a costa de arroyos de sangre y de sacrificios, la capital del Perú participó tranquilamente de la innovación, y con ella se restablece la Inquisición que reclamaron inmediatamente los inquisidores el edificio material adonde nos hallábamos depositados, lo cual obligó al virrey Abascal a dar la orden para que nos transportasen a las mazmorras de Casas-Matas en la fortaleza del Real Felipe del Callao, a donde se verificó el 2 de enero de 1815 fuertemente escoltados por dos partidas, la una de infantería y la otra de caballería a las órdenes del teniente del Real de Lima Dn. N. Valdivieso, encerrados en estos dos calabozos que se comunicaban mutuamente cada uno, se vio nuevamente lleno de privaciones que se fueron aumentando a consecuencia de la inhumana rebaja o mezquindad de deducirnos un real diario de la dieta de cuatro reales que se nos tenía señalados dejándonos reducidos a la de tres reales que en ningún sentido podía cubrir nuestras necesidades aun las más sencillas, cual era la de alimentarnos; esto obligó a los más pensadores al medio de solicitar subsistencias con arreglo a nuestra situación y encierro; el tejido fue el que pudo progresar y el que nos proporcionó el que no pereciésemos de necesidad, porque a inmensa distancia de nuestras relaciones y éstas interceptadas, no podíamos recibir socorros que nos facilitaran subsistencia, al paso que el celo que cada día se iba desplegando con nosotros, nos dejaron ceñidos a nosotros mismos, intertanto nuestra situación se hacía cada día más penosa en razón del contraste que había recibido la vanguardia de nuestro ejército en Venta y Media, precursora de la destrucción de nuestro ejército en Villuma, que no nos sorprendió la noticia en razón de que ya lo habíamos previsto en fuerza de las noticias que habíamos podido recabar de los compañeros hechos prisioneros en los sucesos parciales que fueron conducidos hasta nuestro depósito; un ejército que carecía de moral y de unidad, poca esperanza prometía, al paso que la unión de las provincias se minaba y con ella la carencia absoluta de recursos para poner un ejército nuevo en campaña, que sirviese de barrera a los triunfos del general Pezuela. La provincia de Salta se vio en la necesidad de tomar en más las armas y defender su territorio; el coronel Güemes pudo reunir la opinión de ella y bajo su dirección hicieron sus habitantes progresos admirables de valor, conteniendo a los vencedores de Aulluma, Vilcapujio, Venta y Media y Villuma, pero no por esto, dejaron de verse en la necesidad de abandonar su capital, que

dejaron casi desierta y sin recursos, que sólo podían los enemigos adquirir batiéndose constantemente; el resultado fue tener que abandonar Pezuela la empresa de continuar sus triunfos, replegándose sobre Tupiza, y conservando su línea de Suipacha, desengañado de que un pueblo que quiere defender su libertad, le basta con que sólo lo quiera, y esto bastó para aniquilar un ejército vencedor.

Mientras esto acaecía nuestra suerte no variaba y nuestra paciencia se agotaba sin presentárenos un recurso capaz no sólo de subsistir sin privaciones ni menos para fugar; el progreso de las armas independientes se hacía cada día más remoto; el general Nariño, que mandaba el ejército del sur de Colombia había sido hecho prisionero en Pasto; Chile cayó en poder de los españoles y en el Alto Perú no había un ejército que disputase a los españoles sus triunfos y aunque un pueblo entero era el que defendía su libertad, temíamos desmayarse; en tal prospecto de esperanzas estábamos abandonados a nuestra melancólica situación, si nos veían era para compadecernos y nada más, y algunos nos aseguraban íbamos a ser conducidos a la Península española; tal idea hizo caer gravemente enfermos algunos compañeros que pasaron al hospital de Bellavista a curarse, donde vigilados y reducidos, apenas se restablecían volvían al Depósito; el teniente coronel Dn. José Bernales, el capitán Dn. Ramón Boedo y el teniente graduado Dn. Gregorio Iramayu, pudieron fugar de este hospital burlando una vigilancia que luego se redobló con los que sucesivamente enfermaban hasta el extremo de no permitir pasar al hospital sino a los moribundos que fallecieron en él; los capitanes Rivadeneira, Acevedo, los tenientes Boza, Alvarez y Pueyrredón, yacen en su campo de descanso sin haber alcanzado ver a su patria libre, aun en el último instante de exhalar su vitalidad; su memoria se recordaba entre sus amigos y que aún existían para dedicarles estas pequeñas páginas, a la memoria de mis conciudadanos y de la posteridad; ellos en sus últimos instantes nos recomendaron la constancia en nuestros infortunios y tal precepto fue respetado no sólo por deber sino también porque eran las últimas súplicas de la amistad. Su falta abrió un poco más la franquicia para curarnos y ya algunas veces se tomaba al hospital por desahogo y aun para respirar otro aire que el que tenía el pestífero de nuestro encierro; el cirujano que hacía los reconocimientos se hizo indulgente a pesar de las estrictas órdenes que se le daban humanizándose sin que nuestra esperanza diese un paso avanzado.

El Virrey Abascal fue relevado por el general Pezuela, sucedién-

dole en el mando del virreinato y como sabíamos lo que podíamos esperar de él nuestros temores se aumentaron y mucho más teniendo fuerzas en que apoyar su genio cruel e inconsiderado; el batallón Extremadura había desembarcado en el Callao, con el escuadrón de Húsares de Fernando VII, y relevó al de Talavera en la guarnición, marchando este último a engrosar el ejército del Alto Perú, tardó algunos meses en cubrir Extremadura la guarnición del Callao, pero cuando nos saludaron sus individuos por la primera vez nos inspiraron confianza; eran guerreros y sabían apreciar el valor abatido, sus oficiales tan valientes como generosos nos dispensaban consideraciones que hacen avergonzar a los que anteriormente nos habían custodiado, haciéndose extensiva esta conducta aun a los clases y tropa que nos servía con deseo de verificarlo y con una humanidad propia del valor que los animaba y del infortunio en que se hallaban bastante versados; citaré como comprobante de este hecho el siguiente incidente.

Careciendo de ventilación estos calabozos y llevándose adelante la estrictez con que nos custodiaban, acordaron la mayor parte de los compañeros elevar una solicitud al virrey ceñida a pedir únicamente un poco de ventilación, esta idea fue puesta en conocimiento del todo que se resistió a tal pedido; empero el teniente coronel Dn. José Bernal y el capitán Albarracín, considerando que era un capricho tenaz y no la obra de la reflexión, organizan la solicitud y se la dirigen al Gobernador de la plaza del Callao, que lo era el Sub-Inspector General Brigadier González, quien la devolvió con el decreto: "El Gobernador de la plaza del Callao y Sub-Inspector general, a los que suscriben y a sus poderdantes; siente como español y como caballero los infortunios que padecen sus semejantes por extravíos que debieron apagar, mas sus funciones no admiten tolerancias indiscretas y así sigan la suerte que el destino les ha preparado.— GONZALEZ".

Tal decreto dejó en un silencio profundo a Bernal y Albarracín que lo ocultaron; mas el primer día que el comandante de nuestra custodia se franqueó para que sacáramos nuestras camas al reducto contiguo a la prisión (era de Extremadura) al sacar con velocidad su cama Albarracín dejó caer en ella la solicitud y decreto, con cuyo incidente se impusieron todos, recomendándolo a la memoria como el medio de sustraerlo a nuestros mismos opresores, en las frecuentes pesquisas que nos hacían para descubrir si conservábamos papeles o armas, no perdonando ni aun lo que por su fetor los

debía abstener, en lo que se esmeraba un oficial Salvi, que desempeñó la plaza de ayudante de la fortaleza y quien para vigilarnos más de cerca tomó por habitación la casa que se hallaba al frente de la puerta de nuestro encierro desde donde en un continuo acecho castigaba a los comandantes de nuestra guardia aun los actos más inocentes, de lo que resulta una absoluta incomunicación que nos sugirió la idea de establecer una especie de telégrafo con nuestros amigos, que aunque no nos veían ni hablaban, por sus señales sabíamos cuanto pasaba en el público, de lo que hacíamos alarde para confundir a nuestros opresores que redoblaban su vigilancia sin encontrar más fruto que nuestra pifia y la inevitable idea de que teníamos comunicaciones que nos instruyesen, sin que pudiesen alcanzar el medio como las adquiriríamos y con las cuales, o renacía nuestra esperanza, o se abatía como nos acaeció con el relevo del batallón Extremadura, que por haber tomado las armas para pedir sus pagos, fue convertido en Imperial Alejandro marchando a engrosar al ejército del Alto Perú; este brillante batallón nos dispensó toda clase de consideraciones y nuestra estimación para con sus individuos, jamás comprometió a ninguno de ellos. El siguiente suceso es el mejor comprobante que puede manifestarse.

Hallándose los individuos de este cuerpo custodiándonos bajo las órdenes de un Barragán, nos franqueó uno de los reductos continuos para que respirásemos aire libre, tomando un poco de sol como lo acostumbraban en lo general los de este cuerpo, a excepción de un Cubillas, y abusando el alférez Guiraldes de esta franquicia, fugó; notado este incidente procuramos ocultarlo aun del mismo Barragán que entregó su guardia al sucesor sin que se notase su falta, y así procuró ocultarse hasta que Cubillas se hizo cargo del puesto; este español disientía de todos los que componían el cuerpo a que pertenecía y era exacto en cumplir las órdenes que estaban en ejercicio para nuestra vigilancia, oprimiéndonos de un modo que carecíamos aun de los artículos necesarios para alimentarnos, en vista de lo cual resolvimos hacer caer sobre éste la falta de Guiraldes, como el medio de evadirnos que en lo sucesivo le confiasen la custodia de nuestra seguridad, respecto a que notada la falta por sus jefes debían castigarlo por su poca vigilancia, no confiándole un puesto que en aquella época era el de más vigilancia para los españoles; sabida esta resolución por el teniente Rivera y el Subteniente Subieta, resolvieron estos jóvenes hacer fugar en el mismo día y a la presencia del indicado Cubillas, aprovechándose de

las ventajas que les daba su físico y tomando el disfraz de los muchachos de las cocineras, que con ellos nos remitían el alimento, consiguieron su objeto pasando por debajo del brazo del mismo Cubillas, que con su mano derecha contenía la llave de la cerradura y con la izquierda la hoja de la puerta abierta como el medio de precaverse de lo mismo que le sucedía, siendo nosotros simples espectadores del suceso, de que tuvimos que divertirnos guardando el más profundo silencio sin que nadie al otro día quisiese encargarse de participarlo al encargado de suministrarnos nuestra dieta, y a pesar de que yo jamás la había recibido me encargué de desempeñar esta comisión de que todos huían temerosos de algún atropellamiento; llegó el momento de recibir la dieta al otro día y me presenté al encargado para recibirla para todos contándome el número de individuos a quienes se suministraba, y entonces me fue preciso decir, "Sr. Dn. Lucas, aquí me da V. tres dietas para tres individuos que no existen ¿cómo así? me repuso, sí le contesté, porque según se me ha instruido anoche han fugado tres compañeros, los cuales ya no existen aquí y yo no debo percibir su dieta; entonces llamó al comandante de la guardia y se presentó Cubillas a quien le manifestó faltaban tres prisioneros, a lo que repuso inmediatamente que ni Dios en figura de hombre se le podía haber fugado de la prisión; formó la guardia, nos contó, registró la prisión y tocó el desengaño de que faltaban tres, a lo que entonces le dijo Dn. Lucas, ya V. ve que sin ser Dios se le han fugado a V. tres prisioneros. Dejo al lector los improperios en que aquel soldado prorrumpió; el resultado es que fue relevado de su puesto y capturado, siguiéndosele un sumario en el cual no constó en todo él de nuestras declaraciones, sino que Guiraldes, Subieta y Rivera habían fugado en su guardia y por debajo de su brazo, a pesar del denuncia que hizo el capitán Balderrama desde el hospital Bellavista, a donde se había evadido de la prisión cobardemente, por no hacerse cómplice en la fuga del primero, sin prever lo que ocurrió después para desvanecer su acusación débil para hostilizar a sus compañeros, al paso que con este servicio creía ganar algún mérito para con nuestros opresores; empero este miserable tuvo que avergonzarse después viendo con la facilidad con que se desvaneció su denuncia y en la incapacidad de volver a un depósito en que justamente debía temer el resentimiento de unos seres que se avergonzaban de haber tenido por compañero un hombre que abrigaba sentimientos tan innobles, dejando a su conciencia el castigo que justa y debida-

mente merecía su inconsecuencia; intertanto Barragán y sus demás compañeros temían en la continuación del sumario seguido a Cubillas, creyendo en que acaso nosotros complicásemos a algunos de ellos por sus franquicias y consideraciones hacia nosotros, hasta que tocaron el desengaño, y con él se prodigaron con tanta franqueza con nosotros, que a pesar de la vigilancia de los jefes de la plaza del Callao, los burlábamos ellos y nosotros en el sentido que evitásemos sus compromisos, lo que observábamos de un modo bastante exacto de que se penetraron aun los que no pertenecían a este cuerpo, y por cuyo medio y crédito recibimos algunas consideraciones de los que en lo sucesivo nos custodiaron, mas otro incidente turbó nuestra conformidad en un cautiverio que no se veía término, al que se unía una especie de seducción que sólo pudo labrar en el corazón de los más jóvenes que inexpertos forjaron y elevaron solicitudes con el mayor sigilo al virrey pidiéndole... las que fueron concedidas a Dn. Agustín Ravago, Dn. Wenceslao Bustamante, Dn. José Sauro, Dn. Valentín García, Dn. Estanislao Correa, Dn. Román Guzmán, Dn. Rodolfo David, Dn. Manuel Prudent, Dn. Juan Ramos, Dn.... Pérez y otros que no tengo bien presente. El Virrey dio este paso como el medio de estimular los demás, al paso que abrigaba un fin político que muy pronto tocó el desengaño, respecto a que una juventud educada con sentimientos liberales, era dificultoso que en cualquier posición en que se hallasen, olvidasen sus principios, que no tardaron en manifestarse luego que estos jóvenes conocieron el desacierto y el Virrey en la necesidad de deshacerse de ellos volviéndolos a su posición de prisioneros, haciéndolos pasar por la mancha que mancilló su opinión, servicios y constancias; mas nosotros en nuestro depósito los volvimos a ver entrar en él, como a unos hermanos descarriados, cuya inexperiencia los había conducido a dar un paso que envolvía en sí un castigo continuado a la vista de tantos testigos de su prevaricación, conformándose con su actual posición, y enviando la constancia de los demás, sin dejar de pasar por el temor de que nuestro gobierno les hiciese algún día cargo de su debilidad, de cuya idea procurábamos consolarlos disculpándolos sin que por esto dejásemos nosotros de tener una desconfianza de ellos, por no vernos expuestos a debilidades iguales o parecidas, bien que una dilatada prisión a todo expone.

En estas alternativas se sucedían unos años a otros y nuestra condición no variaba; las batallas de Chacabuco y Maypú, ganadas en Chile al mando del general San Martín, despertó algún tanto el

patriotismo peruano adormecido por una fuerza de contrastes y nuestra esperanza se animó con la idea de un canje que no vimos realizado sino en el teniente coronel Quezada, capitanes Navarro y Valderrama y subteniente Lezcano; esta preferencia no pudimos calcular a qué atribuirla y mi incertidumbre existe hasta ahora, el resultado fue que la proximidad de fuerzas libertadoras al Perú, hizo a los mandatarios redoblar su vigilancia sobre nosotros y aun hasta entonces no conocimos el nombre de oficiales prisioneros, sino el de Insurgentes, con que estábamos conformes porque nos honraba.

No haré más que una reseña de la aparición de tres buques de guerra argentinos, tremolando su pabellón sobre el Pacífico, al mando del intrépido Dn. Hipólito Bouchard, los cuales se presentaron en la bahía del Callao ostentando su fuerza, y despertando un poder adormecido; pero a lo menos fueron los precursores de nuevas fuerzas marítimas, que a las órdenes del Lord Cochrane hicieron desaparecer los nuevos auxilios con que el Gabinete de Madrid socorría al virrey del Perú, engrosando nuestra marina con la fragata de guerra "Isabel", y los transportes que convoyaba, dirigiéndose sucesivamente sobre las costas del Perú, a donde se burló completamente del poder y vigilancia española. Esta incursión animó al Gobierno de Chile a dirigir sus miradas hacia un territorio donde tremolaba el pabellón español, y a donde gemían unos hermanos que era necesario libertar, al paso que afianzada su libertad, el ejército que la había dado, no debía conformarse con los laureles recogidos en Chile, sin buscar en el Perú otros nuevos que llamasen hacia ellos la atención, no sólo de las naciones europeas, sino también de todas las secciones de América. Con tal objeto este ejército vencedor se acantonó para dar principio a sus asambleas, poniéndose en el estado de disciplina en la consecución del vasto plan que se había concebido, en el cual debieron entrar los que gemían tantos años encerrados en las mazmorras de Casas-Matas del Real Felipe del Callao, cuando se nos remitieron como unos tres mil pesos por el general San Martín para que con ellos nos socorriésemos, después de siete años de miseria y sufrimiento; los cuales se distribuyeron con arreglo a nuestras graduaciones, que por el número crecido que éramos nos cupo a muy poco, pero al fin lo valorizamos en más de lo que podían calcular los mismos que nos alargaban este auxilio benéfico; nuestra esperanza subió de quilates al paso que nuestra opresión también.

El teniente Dn. José Antonio Barrenechea fue introducido en nuestro depósito, tomado en las playas de Pativilca, y éste fue el que nos lisonjeó con el pronto arribo de un ejército respetable que debía surcar el puerto de Valparaíso para desembarcar en las playas del Perú para conquistar su libertad, ¡qué esperanza tan lisonjera! Redoblamos entonces nuestros débiles esfuerzos para entusiasmar a los buenos amigos que habíamos adquirido, y por ellos supimos que el 8 de setiembre de 1820 había desembarcado en el puerto de Paracas el ejército libertador a las órdenes de los generales San Martín y Las Heras, ¡qué de parabienes nos dimos! ¡qué de abrazos! y en fin qué de lisonjero porvenir; nuestro espíritu se reanimó, besando unas cadenas que iban a ser el ornato de nuestra más acrisolada constancia, y el ejemplo de un patriotismo a toda prueba; se siguió a esto los preliminares del tratado de Punchauca [¿Miraflores?], y su resultado el reembarco del ejército para desembarcar al norte de la Capital del Perú, ocupando desde Retes hasta Pativilca el territorio que comprende, situándose el grueso del ejército en Huaura, y dejando una división a las órdenes del general Dn. Juan Antonio Arenales, que emprendió desde Pisco, penetrando en Ica y Nasca, a donde batió una división enemiga, y traspasando los Andes batió en el cerro de Pasco otra que atolondró a los españoles y en particular a su virrey Pezuela que consintió entonces en el canje nuestro propuesto por nuestro general y desoído una porción de veces por el antropófago del Perú, Pezuela, que aún no se hallaba saciado en la sangre del patriotismo: el 6 de noviembre se nos hizo saber por medio del comisario de marina, Serra, que éramos canjeados con retención de ocho que en rehenes debían quedar en el depósito hasta el cumplimiento del canje; fui el primer electo en esta clase, y en compañía de los capitanes Albarrín, Arauz y Cruz; tenientes Quezada, Vallejos; subtenientes Cuevas y Pabón: al observar la elección que se había hecho de mí para continuar en la prisión bajo el título de rehenes, di las gracias, no sólo por la predilección, sino también por lo presente que me tenía el virrey del Perú para hacerme sentir todo su encono y venganza. Al día siguiente vi partir a todos mis compañeros de infortunio llenos de júbilo y con aquella alegría que inspira el buen concepto a quien obra bien; dejaban ocho compañeros en garante de su libertad, sufriendo la soledad y la irritación a que los posteriores sucesos diesen lugar, siendo el pequeño objeto de venganza que temíamos por los mismos sucesos de la campaña.

Un suceso que no esperábamos hizo desaparecer nuestros te-

mores, el Virrey Pezuela fue depuesto por sus mismas tropas y el general La Serna fue nombrado para sucederle; notabilísimo contraste, el uno todo ferocidad, brutalidad e ignorancia, y el otro todo humanidad, política y capacidad; la administración varió de política, y con ella participamos nosotros de su influjo: dos horas se nos concedieron por la mañana para que tomásemos ambiente, y otras dos horas por la tarde: con ellas íbamos vivificándonos después de siete años de un encierro perpetuo y sin contemplación. Empero cuando lo empezamos a tener fue después de haber hecho desaparecer la guadaña de la muerte algunos de nuestros jóvenes compañeros, y cuando el mayor número gozaba libertad; sin embargo vivíamos entre la esperanza y el temor que nos hacía esperar con resignación que nuestros males ya no serían duraderos.

En uno de estos melancólicos días se presentó en la prisión el señor Abreu, que se decía generalmente ser un agente del gobierno español para mediar en las desavenencias y reclamos de patriotas y realistas, me cupo la felicidad de tener una reunión con él, recorriendo su vista por el recinto de nuestra prisión; y después de haberme oído, me consoló con que muy pronto desaparecerían nuestros males y quejas. Horrorizado al observar el tenaz capricho de nuestro opresor y el inmundo sótano, donde con tanta resignación sufríamos por un sistema que era imposible pudiese retrogradar, este humano español consoló nuestro infortunio con sus mal concertadas palabras, y me prometió interponer su influjo para que cesasen nuestros males, lo cumplió. A los pocos días se nos hizo saber estábamos canjeados, y que debíamos marchar tan pronto como el general San Martín mandase un buque que nos condujese. ¡Qué iris tan consolador! ¡Y en qué momentos! en el que cabalmente la guarnición de la fortaleza proyectaba entregarla al ejército patriota. Su jefe correspondió mal a la confianza que en él se había depositado, burlando nuestra esperanza y la del general que nada le mezquinó y que sirvió para sus disipaciones... Sin embargo el batallón Numancia arrojó el pabellón español que sostenía, capturando a sus dos jefes: eran colombianos y no quisieron por más tiempo ser los instrumentos de la opresión y avasallamiento de sus hermanos; buscáronlos y los encontraron para darse el abrazo de fraternidad engrosando las filas libertadoras, al paso que este suceso hizo desmayar a los españoles adoptando otro plan de resistencia.

El 3 de mayo de 1821 fue el día destinado para la aurora de mi libertad y la de mis siete compañeros. Recibimos en él la orden

de dejar nuestro cautiverio para embarcarnos en la goleta "Dolores" (a) La Golondrina, que fue la destinada para recibirnos, y nuestro corazón sobresaltado desconfiaba entre el temor y la alegría: no creíamos lo mismo que tocábamos, porque aún en nosotros había desaparecido la esperanza después de siete años, cinco meses, dieciocho días, en que agoté todos los recursos de una filosofía consoladora, poniendo en ejercicio una paciencia que no pudo ser contrarrestada por las ofertas de una humanidad interesada, y siempre esperanzado en ver la aurora de mi libertad, o bajar al sepulcro resignado con no haber degradado un pacto solemnemente jurado a la faz del universo en que fueron testigos el cielo y los hombres, muchos de ellos compañeros de mi infortunio, a pesar de que mi situación era más penosa, en razón de que mi presencia irritaba a los que me consideraban que había renunciado una patria legítima por solicitar una adoptiva que aún no estaba formada y que se luchaba por conseguirla. La imprudencia de los entusiastas me la hacían sentir, y el recurso único, era evitar la presencia de la curiosidad, único refugio con que en algún modo podía evitar sarcasmos que, en mi situación, herían y aun ofendían mi resignación; al fin en este día remarcable nos ausentábamos del depósito de nuestras quejas y del lugar donde sólo habitan el ruido de las cadenas, rotas ya para nosotros, y con las cuales nos habíamos familiarizado de un modo que, en medio de nuestra alegría, sentíamos dejar el lugar que por tantos años había sido el testigo de nuestra constancia y sufrimiento.

Nos embarcamos en un bote para transportarnos a la goleta que llevo indicada, donde flameaba el pabellón chileno, y al saludarlo mi espíritu se animó tomando nuevo aliento para exclamar transportado, ¡ya salvé la tiranía!

El General en Jefe del Ejército, Dn. José de San Martín, se hallaba a bordo de uno de los buques de guerra y a las pocas horas se dignó visitarnos, recibiendo de él las demostraciones propias de su política y afecto y manifestando que no le era indiferente nuestra suerte por la cual había trabajado, sustrayéndonos de nuestro fatal destino. El nos consoló y ordenó fuésemos a desembarcar a Supe para restablecer nuestro físico en el pueblo de Barranca, donde permanecemos un mes, el que concluido recibimos la orden de transportarnos a Huaura y de allí a Huacho, donde tuve la satisfacción de saludar al Sr. General Las Heras, segundo jefe del ejército, a quien no le era desconocido.

El Excmo. Sr. General en Jefe llegó al otro día a este punto y me destinó al Estado Mayor en clase de ayudante, en circunstancias que el ejército estaba preparado para emprender sobre la capital del Perú, había recibido recursos del departamento de Trujillo, que se había pronunciado independiente, poniéndose a las órdenes de nuestro general su gobernador intendente, que lo era el Marqués de Torre-Tagle; al paso que un considerable número de habitantes de la capital habían emigrado abandonando sus hogares y familias por cooperar con el ejército a la libertad de su patria.

Se dio la orden de marcha, la infantería embarcó en las Salinas para desembarcar en la bahía de Ancón, desde donde emprendió su marcha para ocupar la ciudad de Lima, abandonada por el Virrey y su ejército, dejando en la plaza del Callao la guarnición suficiente para sostener aquellas fortalezas bajo las inmediatas órdenes de su gobernador que lo era el subinspector Dn. José La Mar.

El 12 de julio de 1821 el ejército campó en la chacara de Mirones y al otro día en Legua, desde donde se extendieron nuestros puestos con el objeto de sitiar la plaza del Callao que sucesivamente se fue estrechando.

El 28 de julio de 1821, la capital del Perú juró solemnemente no pertenecer más a la familia de los Borbones. El estandarte que Pizarro condujo para su conquista y que era el baldón de su esclavitud, no tremoló más, por medio de lo cual aparece una nueva nación en el mundo conocido, y el Perú fue saludado con este respetable nombre.

FIN DE ESTE MANUSCRITO

Nota 1a. CLAMOR.- En el punto donde fueron ejecutados el Virrey Liniers, el Intendente Concha, el Coronel Allende, el Secretario Moreno y el Tesorero Rodríguez y que presenció el Obispo Orellana, apareció a los pocos días una tarjeta con el anagrama (sola palabra de) Clamor, compuesta de las iniciales de los apellidos de los apresados. Esta expresión sola denotaba el carácter que en lo sucesivo debía tomar la guerra, y seguramente la que dió mérito para retirarse del ejército algunos jefes y oficiales acreditados que hicieron en él una falta notable.

3 de mayo de 1845, aniversario de mi particular Libertad, yo te saludo el día de hoy rodeado de seres que recordarán cuánto la libertad costó: cuáles los sacrificios que se prodigaron por conseguirla, como el abatimiento que la ingratitud tumultuaria deja en olvido la virtud y el mérito por prodigarlos a los...

30 de julio de 1955.

[Las *Memorias que hago de los sucesos ocurridos en la guerra de la Independencia, desde que la capital del Río de la Plata fue tomada por los ingleses hasta la conclusión de la total emancipación de los españoles, en que mezclo mi origen y carrera militar.— Dedicada a la posteridad.— Juan Pardo de Zela*, existen en una copia de la época en la Colección Benjamín Vicuña Mackenna, volumen 147, en el Archivo Nacional de Chile. Una copia de dichas *Memorias*, las que lamentablemente se cortan al mediar el año 1821, fue tomada por nosotros y sirvió para ser publicada en el boletín de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina, por el ilustre historiador Ricardo Piccirilli, cuya versión, a su vez, nos sirve de base para la que hoy damos a ls imprenta.]